

una de ellas  
esta entre las cosas de línea de la  
resalta en las que se ven  
Las Arqueológicas la edición de esta obra  
Cuando las Arqueológicas se publicaron  
republicadas en la casa de P. de la  
mas tarde de la edición de la  
misma ciudad.

ODAS OLÍMPICAS.

---

ODA PRIMERA.

---

Á GERÓN, REY DE SIRACUSA,  
VENCEDOR EN LAS CARRERAS DE CABALLOS.

Nada hay mejor que el agua: brilla el oro  
Como luciente llama en noche oscura  
Entre las joyas de real tesoro.

¿No ves ¡oh Musa! en la celeste altura  
Que en medio al solitario firmamento  
Ninguna estrella como el sol fulgura?

Si celebrar victorias es tu intento,  
A la Olímpica lid lleva tu lira;  
Que otra no habrá más digna de tu acento.

Ella á los vates el cantar inspira  
Del Tonante en honor; con que resuena  
La augusta casa do Gerón respira;

Rey que á Sicilia (de ganados llena)  
Mientras la flor de las virtudes liba,  
Con cetro bienhechor rige y ordena.

La música dulcísima cultiva,  
Y, brillante cantor, el arpa hiere  
Con que el poeta en el festín cautiva.—

Descuelga ya del clavo que la adhiere  
A lá pared, la cítara de Doria  
¡Oh Musa! si cantar tu numen quiere

Del Alfeo y Ferénico la gloria.  
¡Noble bridón! corrió sin acicate  
Y á los brazos llevó de la victoria

A su dueño, de Pisa en el combate.  
¡Ah! Con razón del Rey siracusano,  
Sus corceles al ver, el pecho late.

Su fama admira el pueblo fuerte y sano  
Que Pélope de Lidia condujera;  
A quien amó Neptuno soberano,

Después que en la purísima caldera  
Volvió á formar su cuerpo Cloto santa  
Y el hombro de marfil le dió hechicera.

Mil maravillas hay; y al hombre encanta  
Fábula que de bella se gloria,  
Más que verdad cuya crudeza espanta.

Tal hermosura da la Poesía  
Y tanta autoridad, que hace creible  
Lo que antes imposible parecía.

Mas la posteridad es infalible  
Juez. Hable de los Númenes el sabio  
Sin proferir jamás calumnia horrible.

¡Hijo insigne de Tántalo! el agravio  
De repetir antiguas falsedades,  
No te hará, no, mi reverente labio.

Cuando, correspondiendo á sus bondades  
En Sípilo á banquete sin mancilla  
Convidó tu buen padre á las Deidades,

El dios, cuyo tridente al ponto humilla,  
Sobre sus yeguas de oro, enamorado,  
Te trasportó de Olimpo á la alta silla,

Do el tierno Ganimedes fué llevado  
Por el águila, el néctar delicioso  
A propinar á Jove destinado.

Buscábante con rostro congojoso  
Tu madre y sus amigos por doquiera;  
Mas todo en vano. Entonces envidioso

Vecino, murmuró que en la caldera  
Hecho pedazos mil, en agua hirviente  
Tu cuerpo sumergió venganza fiera,

Y tus miembros, en mesa irreverente  
Colocaron los Dioses, su apetito  
En tí cebando con horrible diente.

Yo blasfemias tamañas no repito.  
¿Cómo acusar á un dios de intemperancia?  
Es el murmurador siempre maldito.

Si algún mortal se vió desde la infancia  
Colmado de riquezas y de honores,  
Por los que habitan la celeste estancia,

Ese Tántalo fué; mas de favores  
Gozar no supo su soberbia loca,  
A sus débiles fuerzas superiores;

Y sobre su cabeza enorme roca  
Suspende Jove: aterrador castigo  
Que á una inquietud eterna lo provoca.

Y esta vida sin techo y sin abrigo,  
De la sed y del hambre los tormentos,  
Y de insomnio sin fin, lleva consigo.

El néctar y ambrosía tuvo alientos  
De robar á los Dioses inmortales,  
Y dar como vulgares alimentos

En eterno festín, á sus iguales,  
Los que inmortal lo hicieron. ¡Loca empresa!  
¿Qué se oculta á los ojos celestiales?

Por crimen tal lo arrojan de su mesa  
Sus divos padres; y sobre él de muerte  
La sentencia común, de nuevo pesa.—

Su juvenil mejilla apenas vierte  
La flor del primer bozo, cuando ansía  
A gloriosa doncella unir su suerte;

Mas antes de pedir á Hipodamía  
Al Príncipe de Pisa, á la ribera  
Del mar, va solitario en noche umbría;

Y al que en el ponto bramador impera  
Con el áureo Tridente, el joven llama;  
Y el Numen de las aguas salta fuera.

«¡Neptuno (dice), si de Venus ama  
Tu ardiente pecho los preciosos dones,  
Hoy tus favores sobre mí derrama!

»Ya de Enomao, trece corazones  
La lanza atravesó; de su hija el lecho  
Negando á los espléndidos varones.

»Su férrea punta aparta de mi pecho;  
Y á Elis volando en rápida cuadriga,  
A la victoria llévame derecho.

»Aborrece el peligro y la fatiga  
Imbele corazón; mas el valiente  
Que de morir la certidumbre abriga,

»¿Cómo será posible que indolente,  
Sin gloria y sin honor, vejez oscura  
En paz inútil á aguardar se siente?

»De la victoria pende mi ventura,  
Y emprenderé la lid: á mis afanes  
El anhelado triunfo tú asegura.»

Dijo: y no fueron súplicas inanes.  
Neptuno lo agració con carro de oro  
Y alados incansables alazanes.

Ganó á Enomao el virginal tesoro,  
Que seis héroes le dió, de las fulgentes  
Virtudes, gratos al celeste coro.

Y hoy día, á funerales esplendentes  
Cabe su altar y túmulo, á la orilla  
Concurren del Alfeo extrañas gentes.

De Pélope la prez de lejos brilla  
En la Olímpica lid, de ligereza  
Y de atléticas fuerzas maravilla.

¡Dichoso aquel que ciñe su cabeza  
Con el lauro del triunfo! De dulzura  
Vida eterna, y de paz, para él empieza.

Place al mortal felicidad que dura  
Más que otro galardón. Al caballero  
Cuyo bridón cual vencedor figura,

Con Eólicos himnos tejer quiero  
Corona triunfal. De altos loores  
Otro más digno señalar no espero.

¿Quién de los más esplendidos señores  
Los corceles como él doma robusto,  
Ó conoce del arte los primores?

Tu numen protector, ¡Gerón augusto!  
Con tal afán sobre tu gloria vela,  
Que ordena los sucesos á tu gusto.

Que presto entonaré, tu ardor revela,  
Himno más dulce á tu veloz cuadriga,  
Si no te deja su eficaz tutela.

De Cronio la región, que el sol abriga,  
Palabras me dará: flecha volante  
Me guarda en su carcaj la musa amiga.

Es de mil modos el mortal brillante:  
La regia dignidad es la suprema;  
No aspire á pasar más adelante.

Conserva hasta la muerte la diadema:  
Cual la presente, espléndidas victorias  
A mis cánticos den sublime tema,

Y admire Grecia por doquier mis glorias.

---

ODA SEGUNDA.

Á TERÓN, REY DE AGRIGENTO,  
VENCEDOR CON EL CARRO.

¡Himnos, que de la lira  
Monarcas sois y dueños!  
¿Qué semidiós, qué numen,  
Cuál héroe cantaremos?  
De Júpiter es Pisa,  
Y estableció los juegos  
Olímpicos Alcides  
Cual bélico trofeo.

Hoy celebrar el triunfo  
Con voz sonora debo  
Que la veloz cuadriga  
Donó á Terón excelso,

Varón hospitalario,  
Columna de Agrigento,  
Flor de gloriosa raza,  
Señor de vasto reino.

A esta sagrada margen  
Trajo destino adverso  
A sus mayores, astros  
Del siciliano suelo.  
Propicia la fortuna,  
Oro y favor perpetuo,  
De ingénitas virtudes  
Les dió por justo premio.

¡Hijo de Rhea, Jove,  
Que diriges el cielo,  
Y el más alto certamen,  
Y el cristalino Alfeo!  
Por mi cantar movido,  
A sus ilustres nietos  
Conserven tus bondades  
El heredado imperio.

Mas ¡ay! justo ó injusto,  
Lo que pasó, ni el Tiempo  
A deshacer alcanza,  
Aunque de todo es dueño.  
Con mejor suerte, olvido  
Vendrá: cuando consuelo  
Manda el Hado, perece  
Del mal hasta el recuerdo.

De Cadmo, á mi discurso  
Sirven de noble ejemplo,  
Las vírgenes augustas  
Que tanto padecieron;  
Pero de las cuitadas  
Cedió el enorme duelo  
De bienes más durables  
Bajo el precioso peso.

Aunque del rayo herida,  
De Olimpo bajo el techo  
Vive Semele hermosa,  
La de gentil cabello.  
Minerva la ama siempre,  
Jove la adora tierno,  
Y su hijo (que de hiedras  
Se corona) Liéo.

Vida inmortal de numen  
Ino en el ponto inmenso  
Lleva con las marinas  
Hijas del gran Nereo.  
El hombre de su muerte  
No sabe ni el momento,  
Ni si un día felice  
Querrá engendrarle Febo.

Las olas de la vida  
Con incesante juego,  
Ya dan prosperidades,  
Ya dolores sin cuento.

El Hado así propicio  
 Sonrió á tus abuelos,  
 Haciéndolos dichosos,  
 Y grandes, y opulentos.

Mas antes la desgracia  
 Manchó el hogar paterno,  
 Desde el fatal Edipo  
 Con homicida acero  
 Atravesó á su padre  
 Layo, sin conocerlo,  
 El oráculo antiguo  
 De Pitona cumpliendo.

Erinis mira el crimen,  
 Y en fratricida duelo  
 Destruye vengativa  
 Sus vástagos guerreros;  
 Tersandro sobrevive  
 A Polinices muerto,  
 Famoso en la palestra  
 Y en combates sangrientos.

Él fué de los Adrástidas  
 Vengador y renuevo;  
 Progenitor del grande  
 Hijo de Enesidemo,  
 A cuyo triunfo, cantos  
 Encomiásticos debo  
 Consagrar, de mi lira  
 Con los sonoros ecos.

Terón en Pisa ciñe  
 Su frente sola. En Delfos  
 Y el Istmo, con su hermano  
 Divide los trofeos  
 Que á sus cuadrigas áureas  
 Concede fallo recto,  
 Al verlas doce veces  
 Girar con rauda vuelo.

El gozo que da el triunfo  
 Destierra el humor negro.  
 Riqueza que acompaña  
 A la virtud y al mérito  
 A la victoria al hombre  
 Lleva por mil senderos,  
 Y, astro luciente, excita  
 Noble ambición su fuego.

No ocúltase á quien goza  
 Tal bien, lo venidero:  
 Sabe qué penas sufren  
 Las almas de los muertos;  
 Crímenes cometidos  
 De Jove en el imperio,  
 Castiga inexorable  
 Un juez en el Infierno.

Cual de día, en las noches  
 Alumbra el sol al bueno.  
 ¡Cuán superior su vida  
 Es á la del perverso!



Labrar no necesita  
El ingrato terreno,  
Ni atravesar los mares  
En busca de sustento.

Al lado de los Dioses  
Que venera el Averno,  
Los que guardaron fieles  
Sus santos juramentos  
Sin lágrimas disfrutan  
Reposo sempiterno,  
Mientras al malo afligen  
Terríficos tormentos.

Y á los que por tres veces  
Cambiando mortal velo,  
Sin pecado en el mundo  
Y en el Orco vivieron,  
De Júpiter les abre  
El benigno decreto  
Camino de Saturno  
Hasta el alcázar regio.

¡Oh, cuán bella es la isla  
De los santos recreo!  
La bañan perfumadas  
Las brisas del Océano;  
Brillan doradas flores,  
Ya sobre el verde suelo,  
Ya en los copudos árboles,  
O ya del agua en medio.

Guirnaldas entretejen  
Y sartas con sus pétalos,  
Con que alegres circundan  
Frente, manos y cuello,  
Los bienaventurados  
Que á aquel paraje ameno,  
De Radamanto envía  
El fallo justiciero.

Saturno, que disfruta  
El más sublime asiento  
En Olimpo, y de Rhea  
El conyugal afecto,  
Por asesor lo tiene;  
Y entrambos concedieron  
Estancia en aquella isla  
A Cadmo y á Peleo.

Allí condujo Tetis,  
Ablandando con ruegos  
El corazón de Jove,  
A Aquiles, cuyo acero  
Derribó á la columna  
Invicta de Ilión, Héctor,  
Y á Cicno, y de la Aurora  
Al vástago moreno.

Mil dardos voladores  
En el carcaj reservo  
Pendiente de mis hombros,  
Que disparar deseo;

Pero tan sólo el sabio  
Puede entender mis versos,  
É intérpretes sufridos  
Requiere el vulgo necio.

Al cielo eleva al vate  
Su natural talento;  
Pero aquel á quien forma  
Estudio sin ingenio,  
Insoportable grazna  
Como estúpido cuervo  
Que al águila de Jove  
Quiere seguir rastrero.

Al blanco ¡oh Musa mía!  
Tiende el arco certero.  
¿A quién nuestras benévolas  
Flechas dirigiremos?  
Oid los que, apuntando  
A la ínclita Agrigento,  
Entusiasmado entono  
Elogios verdaderos:

Desque, cien años hace,  
Surgió de sus cimientos  
La gran Ciudad (lo juro),  
No produjo su seno  
Amigo más constante,  
Príncipe más benéfico,  
Que Terón, de varones  
Generoso modelo.

Su fama excita envidia;  
É ingratos turbulentos  
Pretenden con maldades  
Oscurecer sus hechos.  
¡En vano! ¿Quién la arena  
Contó del mar inmenso?  
¿Ni quién narrar podría  
Sus favores sin cuento?

---

ODA TERCERA.

---

AL MISMO TERÓN.

Los ínclitos Gemelos  
De hospitalarios, tiernos corazones,  
Miren desde los cielos  
Con benévolo rostro mis canciones,  
Y Helena, á quien adoro,  
Alma beldad de cabellera de oro.

Quiero cantar la gloria  
De la ciudad famosa de Agrigento,  
Y la feliz victoria  
Que de sus potros, émulos del viento,  
La infatigable planta,  
A Terón trajo, desde Olimpia santa.

La Musa bienhechora  
 Me inspiró nuevo ritmo y melodía  
 Con que mi voz sonora  
 Pueda aplicar la Dórica armonía  
 A la festiva danza,  
 Del noble vencedor en alabanza.

El lauro que las crines  
 De los bridones coronó, me manda  
 Unir en los festines  
 A las flautas y lira mi voz blanda,  
 De Enesidemo al hijo  
 Honrando, con celeste regocijo.

Exige mis loores  
 También de Pisa la gloriosa arena,  
 Do cánticos y honores  
 (Del cielo rico don) la ley ordena  
 Que estableciera Alcides,  
 Para los venturosos adalides.

¡Feliz aquel valiente  
 En cuyas sienas brilla la corona  
 De oliva refulgente,  
 Que con fallo imparcial justo le donó  
 Desde el dorado solio,  
 Guardador de la ley, el juez Etolio!

Trajo de las umbrosas  
 Fuentes del Istro, de Hércules la diestra,  
 Sus ramas olorosas,

Para ser, en la Olímpica palestra,  
 Del combate incrüento  
 El más esplendoroso monumento.

A la Hiperbórea gente,  
 Sierva de Apolo, la frondosa planta  
 Ganó su ruego ardiente;  
 Y ahora de Jove á la morada santa  
 Presta su sombra densa,  
 Y es del valor insigne recompensa.

Los quinquenales juegos  
 Del sacro Alfeo á la divina cuna  
 Llamábanlo, y los fuegos  
 A su Padre encendidos: ya la luna,  
 Pupila de la noche,  
 Llena brillaba en su dorado coche.

Ningún árbol los valles  
 De Pélope Saturnio protegía;  
 Y solares y calles  
 Se abrasaban al sol de mediodía.  
 Vínole entonces gana  
 A Alcides, de marchar á Istria lejana.

De Latona la diva  
 Hija, á quien place sujetar bridones,  
 Lo recibió festiva  
 En las Escitias frías regiones,  
 Al llegar por extrañas  
 Sendas, de las Arcádicas montañas.

Los decretos paternos  
Y de Euristeo la maldad proterva,  
La de dorados cuernos  
Y á Diana consagrada, rauda cierva  
A buscar, inhumanos  
Lo enviaron á países tan lejanos.

Mientras le daba caza,  
Allá en el Norte descubrió el terreno  
De la Hiperbórea raza;  
Y el héroe se paró, de asombro lleno,  
A admirar de la fría  
Vasta comarca la arboleda umbría.

Y le asaltó la idea  
De circundar la arena, que fogoso  
Doce veces rodea  
Con la quadriga el potro belicoso,  
Con los verdes olivos  
Que en aquella región crecen altivos.

Y las fiestas Alcides  
Con los Hijos de Leda ahora presencia.  
En las sagradas lides,  
Al Olimpo al subir, la presidencia  
Les dió su mano amiga  
Sobre el atleta, el potro y el auriga.

A la tribu Emenida  
Y al ínclito Terón, honra sublime  
La mano agradecida

De los claros Tindárides imprime.  
¿Callar cómo pudiera?  
Ensalza ¡oh lira! su piedad sincera.

De los divos Jinetes  
Adornan con fervor los santuarios,  
Y sagrados banquetes  
Les ofrecen, cual nadie hospitalarios,  
Teniéndolos propicios  
Sin cesar, con solemnes sacrificios.

Si el agua es la primera  
De los cuatro elementos primordiales,  
Y si el oro supera  
En esplendor á todos los metales,  
¿Quién disputar podría  
Al valor de Terón la primacía?

Desde Sicilia llega  
A las Columnas de Hércules su nombre.  
¡Musa! Tus alas plega:  
Avanzar más allá no puede el hombre,  
Y la barrera en vano  
Pretenderá saltar, cuerdo ó insano.

---

ODA QUINTA.

---

AL MISMO SAUMIS,  
VENCEDOR CON LA CUADRIGA, EL CARRO MULAR  
Y EL CABALLO DE SILLA.

¡Oh tú, que del Océano  
Eres prole divina,  
Recibe, oh Camarina,  
Con pecho bondadoso mi cantar!  
De sus virtudes célicas  
La flor, Saumis te dona;  
Su Olímpica corona,  
Y el que la conquistó, carro mular.

A tu ciudad espléndida  
Honran sus hechos nobles;  
Los seis altares dobles  
Hizo humear con hostias su fervor;

Y en fiestas y certámenes,  
Fiel hasta el quinto día,  
Ya en su carro vencía,  
Ya en sus mulas ó potro corredor.

Y á tu sede novísima  
Cedió su alto renombre:  
De Acrón su padre el nombre  
Resuena con el tuyo por doquier;  
Y del reino de Pélope  
Y Enomao tornando,  
Tu bosque venerando  
¡Patrona Palas! hizo florecer.

Por Saumis celebrísima  
Es la veloz corriente  
Del Oano torrente,  
Y el lago que refleja tu esplendor;  
Y el sacro lecho de Híparis  
Que sus hogares riega,  
Y la madera entrega  
Para tus techos de sublime altor.

A constrüir de alcázares  
Espeso bosque empieza;  
Aleja la pobreza  
De tus hijos, su pródiga bondad.  
Place aun al vulgo el éxito  
De los proyectos vastos:  
Riesgos, trabajo, gastos,  
Con las virtudes luchan sin piedad.

A tí me vuelvo ¡oh Júpiter!  
Que al caudaloso Alfeo  
Y al antro sacro Ideo  
Concedes tu santísimo favor;  
Que entre las nubes cárdenas  
Tu habitación divina  
Tienes, y en la colina  
Del alto Cronio, ¡Numen salvador!

No desdeñes las súplicas  
Que, al són de Lidias cañas,  
Tus piadosas entrañas  
Aspiran melodiosas á ablandar;  
Y á esta ciudad perínclita  
De heroicos pobladores,  
Dígnate tus favores  
Con generosa mano prodigar.

¡Oh vencedor Olímpico,  
Señor de mil corceles!  
Endulcen tus laureles  
Y tus hijos, tu larga senectud.  
Ya sólo de los Númehes  
Falta subir al coro,  
Al que á montones de oro  
Une renombre, y tierras, y salud.